

# CUENTOS DEL REY SALOMON

## Contribución a los estudios universales del cuento

(Continuación)

veces descubrir el goloso sin lograrlo. Con el intento de ver si lo alcanzaba, un día dejó en la despensa un plato con siete ciruelas. El goloso cayó en la trampa y se comió una, y para no ser descubierto se tragó el hueso. Por más que preguntó el amo a los siete criados no hubo manera de dar con el sustractor. Pero el Señor se había empeñado en saber quien era el mal criado y acudió al Rey Salomón para ver si él lo descubría. El monarca le indicó que le mandara los siete criados. Una vez estos en su presencia les habló en estos términos:

— No se trata de saber quien de vosotros se comió la ciruela porque tampoco no me lo diríais, se trata de un caso más grave. Esta especie de ciruelas tienen el hueso venenoso y como el que se la comió se tragó el hueso, antes de veinte y cuatro horas morirá entre los más terribles estertores. (13)

Al goloso le faltó tiempo para pedir que le administraran un vomitivo.

XII. — *La reina de Saba y su criado mayor.* — Érase una vez la reina de Saba esposa del Rey Salomón que estando de conversación con su criado mayor se dolía de la gran escasez de médicos asegurando que en todo el país no alcanzaran ni a una docena. El criado mostrose disconforme con las palabras de la reina y le aseguró que tan solo en la ciudad del rey ya había más de cien. El acerto del criado molestó a la reina y aquel decidió probarle lo que le decía.

Al día siguiente el criado envueltos los carrillos cual si tuviera dolor de muelas, a la hora de celebrarse la función religiosa, sentóse junto a la puerta del templo. Cuantos pasaban le preguntaban que mal le aquejaba y todos le aconsejaban un remedio que el falso enfermo prestamente apuntaba. Al pasar la reina, su ama, no dejó de preguntarle y de darle así mismo un re-

medio. De regreso al palacio el criado presentó a la reina su ama, una lista de más de trescientas recetas aconsejadas por cuantos concurrieron al templo incluso ella misma. La conducta del servidor desagradó a la reina que acudió a quejarse a su esposo del proceder del criado. El rey le replicó:

— Llevados por un sentimiento de humanidad y de compasión, todas las personas de buen corazón sentimos el afán de remediar los males hasta el punto accesible a nuestro alcance y de ahí que ante un enfermo todos le aconsejamos cuanto sabemos para remediar su mal. En el fondo todos somos médicos. (14)

XIII. — *El mercader.* — En cierta ocasión un mercader tuvo grandes diferencias con otro de su clase y acudió a exponer sus quejas al Rey Salomón deseoso de que éste le diera la razón. El rey escuchó atentamente su largo alegato sin pronunciar palabra y tapándose un oído con la mano. Una vez hubo terminado dijo el mercader al rey:

— ¿Cómo es Señor que os tapasteis un oído para escucharme?

— Lo destino a escuchar a vuestro contrario cuando cual vos venga a exponerme sus razones para así mejor juzgar el caso una vez bien oídas ambas partes. (15)

XIV. — *La visita al taller del orfebre.* — En cierta ocasión el rey Salomón quiso comprar un collar y pidió a los primeros magnates de su corte que le acompañaran al taller del mejor de los orfebres. Una vez adquirida la joya antes de partir el rey del taller, el orfebre le advirtió que durante su estancia en su casa había desaparecido un anillo de gran valor. El ladrón había de ser uno de los magnates de la corte cuyo honor el rey no quería herir. El monarca expuso el caso a sus acompañantes. Mandó al orfebre que

pusiera una vasija llena de arena hasta la mitad en el centro de su taller; todos los presentes, el rey el primero, pondrían la mano cerrada dentro del recipiente y la sacarían abierta dando así facilidad al ladrón de restituir la joya sin menosprecio de su honra. El orfebre obedeció las palabras del rey y el anillo fué recuperado. (16)

XV. — *Los tres consejos de prudencia.* — Erase una vez un matrimonio sumido en la mayor miseria, tanto que el marido resolvió abandonar el hogar doméstico e ir en busca de mejor suerte. Halló trabajo en una alquería en la que permaneció hasta treinta años sin acordarse de su esposa, después de los cuales resolvió volver a su hogar. Su dueño al despedirle le aconsejó que antes de emprender el viaje de vuelta a su casa acudiera al Rey Salomón en demanda de consejo. Este la atendió y le dió tres consejos: que nunca dejara el buen camino por el atajo, que jamás preguntara aquello que nada le importaba y por último que antes de tomar una resolución meditara un día y una noche.

Nuestro hombre emprendió el viaje durante el cual encontró unos caminantes que seguían la misma ruta y entraron en camaradería. De pronto se les ofreció un atajo que acortaba notablemente la distancia. Nuestro hombre recordando el consejo del Rey Sabio se resistió a seguirlo cual hicieron sus compañeros, resultando que a éstos les salieron una partida de ladrones que les desvalijaron.

Llegado a un mesón sentóse ante un anciano que al servirle la comida se la tiró en un cráneo que sacó de su zurrón cual si fuera una vasija. Acabados de comer el anciano abrazó cariñosamente al viajero y le contó que con su silencio le había redimido de una terrible penitencia a que estaba condenado hacía más de cuarenta años la cual le obligaba a vagar por el mundo sirviéndose de aquel cráneo como de vasija hasta que diera con alguien que comiendo junto a él no le preguntara acerca de la causa de tan extraño proceder. Puesto que él con su discreción le había redimido de su pena agradecido le dió una gran bolsa de dinero.

Llegado nuestro viajero a su casa no creyó conveniente presentarse sin más ni más, y alquiló una casa en frente mismo de la suya desde la cual podría ver a su esposa. Al salir a la ventana vió como su mujer se abrazaba cariñosamente con un joven galán y bien dispuesto. El marido indignado quería desahogar su enfado con la pareja pero se detuvo recordando el tercer consejo del Rey Sabio. Preguntó a los vecinos y vino a saber que aquel joven era su hijo que pronto a contraer matrimonio se despedía de su madre.

Nuestro hombre dió mil gracias al Rey Salomón por los sabios consejos que le había dado. (17)

XVI. — *Otros tres consejos de prudencia.* — Un joven sin experiencia quedóse huérfano muy niño faltado de los consejos paternos, sintióse desamparado para enfrentarse con los áridos problemas de la vida y acudió al Rey Salomón para que le aconsejara y este sabio se limitó a decirle:

— Si no quieres arrepentirte no plantes árbol junto a tu casa, no te ahijes ningún huérfano ni confíes tus secretos a tu esposa.

Pasó el tiempo y nuestro joven ya hombre, creyó que ningún perjuicio podía ocasionarle plantar un árbol ante su casa. Como que llevaba años de casado sin tener hijos se ahijó un huérfano. Cuanto el tercero de los consejos le intrigaba un tanto y quiso probar la discreción de su esposa:

Nuestro hombre tenía un gran amigo al que le pidió que durante unos días no saliera para nada de su casa ni hiciera el menor ruido, de manera que los vecinos pudieran creer que estaba ausente. Le rogó también que hiciera de manera que pudiera oírle si le llamaba y acudir rápidamente a su llamamiento. Así convenidos, nuestro hombre contó a su mujer que se sentía muy apesadumbrado pues que en un rapto de cólera había dado muerte a su mayor amigo; rogóle que guardara del caso el mayor secreto puesto que en ello le iba la vida. La esposa horrorizada por tal crimen no pudo contenerse y para aliviar su dolor se des-

cansó con una vecina encargándole la mayor discreción, más ésta tampoco supo callar y al poco tiempo lo sabía todo el pueblo.

La justicia encarceló al presunto criminal y le condenó a muerte. En todo el término no se halló árbol alguno lo suficientemente alto para servir de horca y el juez dispuso que fuera cortado el de enfrente la casa del condenado. La villa carecía de verdugo porque jamás se había dado el caso de necesitarlo. La justicia hizo un pregón ofreciendo una crecida suma a quien se prestara ahorcar al reo. Como que nadie se presentó, el huérfano ahijado del presunto delincuente sintióse ambicioso de la suma ofrecida y se prestó a hacer de verdugo.

Al encaminarse a la horca nuestro hombre manifestó deseos de hablar y le fué concedido. Llamó por tres veces a la víctima, ésta se presentó y entre él y el supuesto criminal expusieron la verdad de lo ocurrido.

Nuestro hombre reconoció la sabiduría encerrada en los tres consejos recibidos de boca del gran rey. (18)

**XVII. — *Los tres consejos del buen gobernante.*** — Erase una vez un país en el que reinaba gran malestar porque las gentes no sabían entenderse especialmente en asuntos familiares. Los gobernantes no acertaban el remedio a los males de su pueblo y acudieron al consejo del Rey Salomón quien después de oírles les aconsejó:

— Caseis viejo con viejo, no vendais vuestras haciendas para casar los hijos, ni desheredeis vuestros hijos para heredar vuestras esposas.

Los gobernantes así lo aconsejaron a su pueblo y renació la tranquilidad. (19)

**XVIII. — *El buen consejo.*** — Un matrimonio recién casado tuvo unas diferencias y el esposo abandonó el hogar y fué por el mundo en busca de trabajo. Al cabo de treinta años de servir a un mismo amo sintió deseos de volver a su hogar y despidió al amo quien antes de marchar le dijo:

— Te voy a dar el consejo del Rey Salomón, tal és: que no te detengas ni

entres en casa donde el amo sea viejo, la dueña sea joven y tengan gato negro.

Como regalo le dió una cajita encargándole que no la abriera hasta después de haber tenido una gran alegría. El criado emprendió su camino. Al anochecer llegó ante una casa desde cuya puerta vió junto a la lumbre un viejo sentado que dormía, una chica joven a su lado y un gato negro que se calentaba. Recordando el consejo resolvió no pedir posada y quedarse a dormir junto al árbol próximo a la casa. Al poco rato vió llegar un hombre embozado que entró en la casa, sacó un cuchillo que llevaba escondido y junto con la mujer mataron al anciano que dormía marchándose después a toda prisa. Al pasar junto el árbol el criado le cortó un pedacito de la capa.

Horrorizado por el crimen el criado abandonó el lugar y siguió su camino. Al descubrirse el delito, trataron de buscar el autor. Hubo quien recordó haber visto un caminante desconocido junto a la casa y creyóse si podía ser él el criminal. Salieron en su busca y no tardaron en hallar el criado al cual detuvieron sometiéndole a juicio y fué condenado como autor del crimen. Quien más empeñadamente le acusaba era el alcalde que iba abrigado con una capa de cuyo borde faltaba un trocito. El acusado contó cuanto había visto con todo detalle y mostró el pedazo de capa que había cortado de la capa del alcalde, con lo que probó su inocencia. Una vez salvado pensó en abrir la cajita recibida de manos de su amo pero no se decidió en espera de disfrutar de otra mayor alegría.

Llegado a su casa encontrase con que era padre de un hijo que aquel mismo día cantaba misa. Loco de alegría abrió la caja y la halló repleta de monedas de oro, las que constituían una gran fortuna. (20)

**XIX. — *El soldado y el mesonero.*** — Erase una vez un soldado que iba de camino y se detuvo en un mesón para comer una tortilla. Así que la hubo comido tocaron a generala y el soldado tuvo que partir para la guerra

a toda prisa sin tener ni tiempo para pagar su almuerzo. Regresó después de muchos años y como que era honrado acudió al mesón para pagar su deuda. El mesonero empezó a contar y más contar y acabó por pedir al soldado una suma enorme de dinero. Este manifestó su sorpresa y el posadero le arguyó que si hubiera puesto aquel huevo de la tortilla a incubar, le habría nacido una gallina que a los pocos meses se habría hecho clueca y habría nacido un sin número de polluelos los que a su vez se habrían reproducido hasta llegar a tener un gallinero con miles de miles de pollos sin contar los muchos huevos que habría vendido. La cuenta no convenció al soldado quien acudió al juicio del rey Salomón. Este una vez oídas ambas partes llamó a su criado encargándole que trajera un puchero de habas hervidas que entregó al posadero diciéndole:

— Sembrad estas habas, vended la cosecha que de ellas obtendréis y sacareis largamente la suma que pedís.

— Pero Señor Rey si las habas hervidas no pueden sembrarse.

— Tampoco pueden empollarse los huevos batidos para tortilla. (21)

XX. — *Los gatos y el ratón.* — Pasando cierta vez el Rey Salomón vió una gentil doncella en una ventana y entablaron conversación. Llegada la noche, ella indicó al rey que puesto que deseaba seguir hablando, mejor sería que el rey subiera a su casa. Como que ella estaba encerrada y no tenía la llave, convinieron en que bajaría por la ventana una cesta atada con una soga que ella tiraría hasta que el monarca alcanzara la ventana. Fuése el caso que cuando la cesta estaba a medio subir, la doncella acabó la fuerza. Para ver si podía tirar hasta llegar a ella convidó al rey que a que se aligerase de ropa. Este fué desnudándose hasta quedar sin ropa a pesar de lo cual ella no alcanzó acabar de subir la cesta. Cerró la ventana, se fué a dormir y dejó al rey colgado en forma nada correcta. Al hacerse de día el rey mandó que sus criados le trajesen ropa pora vestirse y una escalera para descender hasta el suelo.

El caso fué muy comentado y el rey quiso atajar las murmuraciones. Llamó los mejores domesticadores y les mandó que enseñaran a dos gatos a comportarse cual dos fieles criados. Una vez estuvieron adiestrados el rey dió un gran banquete al cual invitó a toda su corte. A cada extremo de mesa situó un gato que inmóvil e impasible cual si fuera una estatua sostenía una gran vela con la que se iluminaba el gran convite. Los dos animales permanecieron estáticos y cual petrificados mientras duró el banquete con gran admiración de los comensales. Hacia el final del ágape el rey mandó a sus criados que soltarán un ratón por encima de la mesa. Los gatos al verle soltaron sus velas y se precipitaron hacia él, dejando el concurso a obscuras. Dirigiéndose a sus cortesanos el rey exclamó:

— Si los gatos se alteran al ver un ratón bien puede alterarse el rey ante una doncella. (22)

XXI. — *El zapatero desmemoriado.*

— Erase un zapatero que en una ocasión prestó una cantidad a un caballero y pasóse mucho tiempo sin que éste se la devolviera. El zapatero necesitaba el dinero pero como que era muy desmemoriado no recordaba a quien había hecho el préstamo y por lo tanto no sabía a quien reclamar la suma. Acudió al consejo del Rey Salomón quien le dijo que a cuantos le saludaran mientras trabajaba al pie de su casa en vez de devolverles el saludo les contestara: — Más quisiera mi dinero—. Con lo que el deudor se daría por avisado mientras los demás tomarían la respuesta a risa. Y así sucedió, recobrando bien pronto lo prestado. (23)

XXII. — *El Rey Salomón y un niño.*

— Durante un tiempo en la antigüedad, fué opinión que la sabiduría radicaba en la sencillez y en la simplicidad y que era tanto más sabio cuanto más sencillamente se vivía. Cierta día el Rey Salomón ya muy viejo, cansado por la fatiga del camino sentóse a descansar junto a una fuente. Acudió un niño y bebió agua sirviéndose

(Continuará)